

El dramaturgo de *Los olvidados*: Entrevista con Juan Radrigán

Pedro Bravo-Elizondo

En 1982, el Círculo de Críticos del Arte de Santiago, otorga el premio del mejor dramaturgo del año a Juan Radrigán quien da a conocer sus primeras obras a fines de la década del 70. Al estar en Santiago, a comienzos del 82 me advierten “no debes dejar de ver *Hechos consumados* de Radrigán.” Conversar con el autor, 45 años, mediana estatura, voz suave, simple y amable, no representa una odisea como ocurre en otros casos. Nuestra conversación tiene lugar en su casa en la Avenida La Paz, barrio cercano al Cementerio y a la Vega. Dispone de tiempo pues está cesante desde 1973. Era obrero textil. Al morir su padre—Radrigán tiene sólo seis años—empieza una larga existencia de profesiones o “pegas” que van desde el hacer cajones en la Vega, a pintor, carpintero, desabollador, obrero textil y librero. Su formación es autodidacta. La inclinación a la literatura proviene de mucho tiempo atrás. El teatro como forma de expresión le pareció la más ajustada al momento, lo más directo.

En 1960, en el primer número de la revista *Quilodrán*, que dirigió otro dramaturgo actual, Luis Rivano, aparece un cuento suyo, “El nacimiento del miedo.” En él ya está presente el motivo que desarrollará en su producción dramática a contar de 1979: la vida de los seres humildes, de los olvidados, y su lucha contra la miseria tanto material como espiritual. Los pobres, sostiene Radrigán, siempre están solos, “como el cielo, la piedad y los perros.” Y quien mejor que él lo sabe. Radrigán es a los pobres lo que Egon Wolff, Vodanovic, Cuadra, son a la burguesía y clase media chilenas en la dramaturgia nacional. Todos ellos son fieles al medio que representan.

Cuando se conversa con él, sus observaciones las plantea como distanciado y ajeno a la realidad que vive él mismo. A algunos comentaristas les ha llamado la atención que todas sus obras estén ambientadas en lugares miserables. Radrigán replica, “Vicios y virtudes son los mismos entre ricos y pobres, pero están más nítidos y puros entre los pobres.” “La dignidad—pieza fundamental de *Hechos consumados*—en el pobre, continúa Radrigán, está más pura y más prístina, en el sentido de primitivo y claro. Ellos no tienen los

problemas de comunicación ni todo eso. Ellos tienen el problema del hambre.”

El lector avisado entenderá que la pobreza, tema de Radrigán, no es una creación de los últimos años en Chile, pero como lo expresa uno de los personajes en *El invitado*, cuando apareció éste “(los) echó de toas partes: primero de la casa encachá que teníamos cuando yo era desabollador, de la ropa que usamos, de la calle, de la comía.” El “invitado,” personaje que no aparece en escena, se introdujo en sus casas y en sus vidas, apoderándose lentamente no sólo del espacio vital, sino de sus existencias.

Volvamos a nuestra entrevista. Radrigán es poeta por inclinación, pero dramaturgo por la necesidad de expresar sus pensamientos. Además, en el Chile que le corresponde vivir, para publicar hay que someter el manuscrito a una entidad oficial, la cual autorizará o no su publicación. El teatro no requiere tales exigencias. Y él tiene algo que decir, como que siente la necesidad de ello. Pero huye “a todo caballo de lo panfletario, pues éste es de momento nada más.” Su experiencia teatral son las lecturas. Piensa que si hubiese estudiado teatro formalmente, “sería más analítico y demagogo.” Advierto sí que de las funciones a las que asistí en Santiago, encontré a Radrigán en más de una de ellas. En dos años ha escrito ocho obras. En 1979 estrenó *Testimonios sobre la muerte de Sabrina*, en Santiago. En Valdivia, *El loco y la triste*; luego *Las brutas* en Valparaíso y en Santiago nuevamente un episodio en *¡Viva Somoza!* de Gustavo Meza. En 1981, *Redoble fúnebre para lobos y corderos* que consta de dos monólogos y un diálogo. Esta obra completó más de un año en cartelera y se representó en poblaciones y entidades obreras de la capital. *Hechos consumados* se estrena en septiembre de 1981 y continúa hasta 1982. En marzo de ese año nos dice que tiene dos obras ya “trabajadas,” *Informe para indiferentes* y *El toro por las astas*.

Para sus obras no necesita investigar. Conoce demasiado bien los problemas que plantea. Al contrario de lo que les ocurre a la mayoría de los dramaturgos con su primera obra, a Radrigán le resultó fácil encontrar un grupo que se interesara por *Testimonios* . . . El teatro de “El Angel,” con Ana González y Arnaldo Berríos fueron los encargados de representarla.

Una de las características de su teatro es la simplicidad o casi inexistencia de la escenografía. Todo está en el libreto y en los personajes, asegura. Los actores deben aportar la caracterización. Ni siquiera maquillaje admite. En *Hechos consumados* hubo que hacer una excepción, pues una de las actrices era rubia y muy llamativa—para no decir hermosa—y debía desempeñar el papel de una vagabunda. Hubo que “afearla” por necesidad escénica, taparle su belleza.

Ante este teatro “pobre,” directo, la creación colectiva no convence a Radrigán, pues ésta sólo busca entretener, carece de símbolos y se observa la falta de un hilo conductor. Todo conduce a una actitud evasiva en el público en que la reflexión desaparece. Cada autor aporta lo que al auditorio le va a gustar. Anotemos que él participó en una de las piezas de *¡Viva Somoza!* Alguna experiencia tiene al respecto.

El teatro de Radrigán se presenta de preferencia en las poblaciones. Este público las recibe bien, en parte por representar sus existencias, lo cual nos advierte representa un peligro para él. De allí al panfleto hay una distancia

muy corta. Después de la representación, se inicia el foro y la discusión de la obra. Opinan, expresan opiniones, reaccionan. Radrigán y su grupo perfeccionan su práctica, buscan esa relación perdida del teatro con su público. Generalmente, ese público no se siente alarmado ante la temática o asunto, pues según ellos, la realidad sobrepasa sus peripecias personales de existir. Pese a sus insinuaciones, Radrigán no está dispuesto a darles en el gusto, de incorporar sus ideas a las obras.

Le pido que amplíe su información sobre el teatro que existe en las poblaciones y al cual él asiste regularmente. Observa un aumento notable en este teatro popular, a contar de 1976. Se juntan unos veinte pobladores y promueven su teatro, con su punto de vista. Intentan mostrar esa realidad que los golpea día tras día. Cuando las obras ya están armadas, entonces solicitan ayuda de monitores. El Taller 666 promovió un Festival de Teatro Poblacional en 1981 y el Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística (CENECA), otro. Cuando estrenan una obra, la Población La Legua, por ejemplo, acude con su "inchada" y si es un festival, se observan unos a otros su teatro, y aseguran al mismo tiempo un público.

Radrigán y su grupo El Telón tenían una sala en el área metropolitana de Santiago, la cual debieron abandonar por razones económicas. El grupo se formó con dos actores con estudios universitarios y otros a "ñeque." Todos excelentes, de alta calidad, y la crítica lo ha reconocido así. Tienen un sentido de convivencia y madurez teatral, tan difícil de lograr en estos momentos, en que la gente anda como exasperada, comenta Radrigán. Para sobrevivir, hacen teatro estudiantil, que presentan durante el primer período escolar, de marzo a julio, con obras que contempla el programa de estudios secundarios. Consiguen una sala y allí se presentan para unos quinientos estudiantes de diferentes escuelas de la capital. Para 1982 prepararon *El Burlador de Sevilla*, *Fuenteovejuna* y algunos capítulos de *El Quijote*.

Nuestra conversación deriva hacia los problemas del dramaturgo actual en Chile. La falta de salas es lo fundamental. Estrenar es tarea más que difícil. Cada grupo cuida su sala y presenta aquello que asegure su supervivencia. Prefieren mantenerse con una o dos obras al año y no arriesgar obras de desconocidos. Al inquirir sobre nuevos autores, no trepida en mencionar a Gregory Cohen, estudiante universitario, "uno de los más interesantes y capaces" de la nueva generación. Con los recursos necesarios "podría barrer con los dramaturgos actuales." Tendría sí, asegura Radrigán, que desligarse de la temática dirigida al público universitario entre los cuales ha estrenado sus dos obras, *Lily, yo te quiero* y *Adivina la comedia*.

Sus planes para el futuro contemplan la idea del "carromato." Comprar un vehículo usado y largarse a recorrer Chile, salir a los países circundantes, con un bagaje de unas cinco obras. Pareciera que Radrigán con su teatro quiere inquietar a aquellos que en América Latina han hecho, según sus palabras, "una industria de la injusticia."